

GUADALUPE

CONSAGRACION de EXTREMADURA al INMACULADO
CORAZON de MARIA

UNA terminología, lírica y mayestática, ha definido con clara y amplia visión histórica el Templo y Monasterio de Guadalupe como, *Santuario de Reyes y Rey de Santuarios*, en donde se guarda y venera la «perla» de la Hispanidad; la más graciosa Flor de Extremadura, la Virgen milagrosa y morena de las Villuercas, con su linda faz tostada por los «soles de la gracia y del Imperio».

La historia mística y guerrera de Castilla que campea desde la segunda mitad del siglo XIV y a lo largo de la siguiente centuria. El esplendor magnífico y triunfal de nuestros siglos dorados con su amplia misión ecuménica y teológica. Aquel afán expansivo del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, tan penetrado de urgente y dramática tarea evangelizadora de pueblo escogido, están, como metidos entre los muros sagrados de Guadalupe, iluminan su existencia y palpitan en las airoas torres de ensueño de este famoso Monasterio, — cuyo templo gótico, ha sido, no ha mucho, elevado a la alta dignidad de Basílica por decisión soberana de la Roma augusta y papal.

Ya, desde el reinado de Alfonso XI el del Salado, el Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, va señalando los movimientos oscilatorios de nuestra colosal Historia. El florecimiento de tan celebrado Santuario está estrechamente vinculado a las inmarcesibles glorias, conquistas y realizaciones prodigiosas de España. Y, recíprocamente, su decadencia o descenso, coincide con las mayores desventuras nacionales.

Así, en esta feliz oportunidad histórica, de paz y progreso, con la buena estrella del célebre Monasterio, fulge el mando paternal de nuestro glorioso Caudillo, pleno de espíritu cristiano, desbordante de amor patrio, trascendido al mayor empinamiento y prosperidad de España: En tanto que Guadalupe va recuperando su perfil histórico, impulsado por el entrañable amor a la Virgen y el celo patriótico de los hijos del Serafín de Asís, presentes en toda gesta hispánica, custodios de tanta grandeza, el Estado nacional ha vuelto a dominar el timón de sus propios destinos universalistas, al compás que con inteligente esfuerzo se va operando en el interior el milagro de un florecimiento ejemplar de todas las actividades.

Lo cierto es, que a los españoles de ahora nos ha cabido la suerte de vivir en una España Libre y afanosa en trance de superación constante.

Deber será, por tanto, de todos, pero singularmente de los extremeños, velar por el auge y completa restauración de este Santuario insigne, al que por secretos móviles providenciales están como ligados los eternos destinos de la raza hispana, fuerte y dichosa por humana y por cristiana.

Y ello, porque Guadalupe en los mejores tiempos de su deliciosa plenitud, ha sido el lugar predilecto de cita de los monarcas más poderosos de la tierra; la casa solariega de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo; el altar mayor en donde se postraron a los pies de tan celestial Señora, los caudillos y capitanes más valerosos que llenaron el mundo con la fama de sus nombres; el centro vital de la diplomacia, cuando España era universo y andaba empeñada en conquistas prodigiosas; el recinto sagrado de oración y penitencia de generaciones innumeradas, de santos y devotos peregrinos; el faro luminoso y mansión piadosa de «libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de su prisiones...», según patética exclamación de Cervantes; el museo suntuoso de mil bellezas de arte y de incomparable valor histórico; el relicario inmenso de joyas enriquecidas con piedras preciosas y chispeantes lumbres de oro; el Monasterio más rico entre todos los Monasterios; el centro más adelantado en obras sociales y benéficas; el seguro acogimiento de los pobres en más de cien leguas a la redonda; la academia del más alto saber humano y divino; el Santuario de la Virgen, o se cuentan los milagros más portentosos como en ningún otro de la Cristiandad; el cielo limpio y azulado en el que, día y noche, ardían multitud de lámparas votivas ante la imagen venerada, como una espléndida costelación de estrellas en torno al más resplandeciente Lucero de la mañana...

Guadalupe, cima y trono encumbrado de la Purísima Madre de Dios, «es una de las estaciones o lugares más celebrados de la Reina de los Cielos en la tierra», al decir del P. Sigüenza, bibliotecario de El Escorial, amigo y consejero de Felipe II.

Paraíso apacible, gallardamente situado a la sombra de bosques seculares, con «placidez de rosas encalmadas», es el Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe.

«Mi paraíso, le llamaba en lenguaje vernacular la Reina Católica. En Guadalupe se llevaron a cabo los primeros atisbos de la unidad nacional con el pensamiento del matrimonio de la princesa Isabel y el Infante don Fernando, ante el fracaso de Enrique IV de casar a su media hermana con el rey de Portugal. En Guadalupe, meditaron y decidieron los Reyes Católicos sobre el feliz término de la Reconquista, y una vez recuperado el último baluarte árabe, la Reina escribió al prior comunicándole tan dichoso final, si bien a la comunidad, le saltó el corazón de júbilo en la hora exacta de medianoche, cuando tomaron la gentil Alambra, al advertir la magnitud del suceso en el resplandor del milagro que súbitamente iluminó el coro en

donde rezaban los monjes. Y a Guadalupe llegaron, poco después, los Reyes y príncipes a dar rendidas gracias a Santa María, «Capitana contra el Moro», por tan singular triunfo.

En este «paraíso» de la Reina Católica, firmaron Isabel y Fernando, bajo la sabia fórmula política del «tanto monta», las provisiones reales en donde se ordenaba a Juan de Peñalosa la entrega a Colón de las tres carabelas, debidamente equipadas, para la empresa más alta de los siglos.

Y Guadalupe, aparte de ser, como la rosada «aurora espiritual del Nuevo Mundo», es de igual forma, la alabastrina «pila bautismal» de América. Porque en su templo maravilloso fueron «injertados en Cristo», los dos primeros indios que Colón trajera de las tierras recién descubiertas. Hasta la famosa batalla de Toro, que aseguró para siempre la fúlgida Corona de Castilla en las sienas de los Reyes Católicos, quedó registrada en Guadalupe con la flor de una alabanza a María: la fundación de una fiesta inmaculista anual en honor del Misterio de la Purísima Concepción, lindo capullo de las prerrogativas marianas.

¡Bizarra atalaya, de dos mundos, el bello camarín de la Virgen de Guadalupe! Y regio dosel, dorado por los soles de siglos este famoso Monasterio, para consagrar al Inmaculado Corazón de María los hogares extremeños, en otro tiempo nidos de águilas que volaron por los espacios infinitos con bríos sobrehumanos camino de América. Y que ahora, unos pueblos con febril actividad cultivan campos en plena producción, crean nuevas industrias, multiplican la riqueza, en tanto que otros aguardan la hora señalada por la política del Caudillo, para contribuir con su afanoso trabajo, a levantar a España a cumbres de gloria como antes lo hicieron sus mayores, con hazañas inmortales.

Así, la Consagración de Extremadura al Inmaculado Corazón de María, hará florecer, en nuestros pueblos y ciudades, el aroma divino de nuestra fe religiosa, eucarística y mariana: el más bello ornato de la familia española, el aglutinante más poderoso de la unidad nacional, la garantía más sólida del triunfo definitivo de la Justicia Social cristiana en el alborotado mundo del trabajo y de la producción.

Ha llegado para Extremadura la hora de su Consagración oficial al Inmaculado Corazón de María, último grito del amor.

MARCELINO GONZALEZ-HABA
De la Asociación de A. de Guadalupe



POEMA DE LA MUERTE

... Y llegará la noche negra y profunda
como llegan los ríos a la mar
y las veredas a las cumbres
y la luz a tus ojos, Isabel.
Y enmudecerá la sangre en nuestras venas
como enmudece el agua del río en sus meandros
y la del mar en sus caletas y ensenadas,
porque se le ha acabado la cuerda al corazón.
Y se acartonará nuestra piel violácea
sobre los músculos y los huesos...
¡oh sarmientos y reseca corteza de árboles sin savia!
Isabel,
¿de dónde vienen las sombras?
de las rotas crestas de las montañas
o de los angostos valles y abajaderos?
(La rubia moneda del sol ha desaparecido en la hucha del horizonte)
van entrando con paso leve en nuestro corazón
y todo lo tiñen de tristeza, Isabel,
suben las sombras a los ojos
en los que ya no hay luz,
tiznan con patético hollín los hondos rincones de nuestra conciencia...
¡Oh cirios de amarillenta luz temblorosa [cia...
y mármoles fríos
con vanidosos letreros fúnebres
y cipreses
de movediza sombra, cuando el viento empuja las duras y apretadas
Antes de la prueba del espejo [ramas!
(las hormigas de la muerte suben por las venas
golpean con sus patitas el tambor del corazón
y penetran en el cerebro, como en una selva sin luz)